

Carlos Martínez Assad*

Resumen: Texto-semblanza que da cuenta del valor de la amistad duradera entre el autor y el personaje homenajeado, Eleazar López Zamora, quien fuera directivo de la Fototeca Nacional del INAH en sus primeros años de fundación, y entusiasta promotor de la investigación histórica de la fotografía en México. Destaca el texto la formación intelectual que desde la juventud más temprana identificó, enriqueció y fortaleció esa amistad hasta los últimos años de vida del homenajeado.

Palabras clave: Eleazar López Zamora, Fototeca Nacional, homenaje, fotohistoria.

Abstract: Text-semblance that reflects the value of lasting friendship between the author and the honored person, Eleazar López Zamora, who was director of the National Photographic Archive of the INAH during the first years of its foundation, and an enthusiastic promoter of historical photography research in Mexico. The text describes the intellectual training, from early years, that identified, enriched and strengthened the friendship until the last years of the honoree's life.

Keywords: Eleazar López Zamora, National Photographic Archive, homage, photohistory.

Diálogos inconclusos. Homenaje a Eleazar López Zamora

Unfinished dialogues.

Tribute to Eleazar López Zamora

Es más fácil escribir sobre un tema con un objetivo académico que entrar en el terreno del recordatorio, de la exégesis de un autor y de la obra que legó. La dificultad se acrecienta cuando para escribir sobre una persona no puede eludir la subjetividad con la que puede hacerlo un amigo que le conoció y trató a lo largo de su vida. Eleazar López Zamora, a quien con modestia pocas veces vista, no le interesaba destacar, realizó a través de varios años una gran actividad sobre el rescate fotográfico vinculándose con la Fototeca Nacional del INAH cuando apenas era el proyecto de la sede de los archivos Casasola.

Voces más autorizadas conocen bien las acciones que realizó junto a quienes lograron ese propósito; por eso me propongo exponer el constante batallar para llegar a la posición que ocupó. Conocí a Eleazar en Actopan, Hidalgo, cuando ingresamos al primer año de la Escuela Secundaria Miguel Hidalgo, y fue una amistad a primera vista que se mantuvo a lo largo de toda la vida. Desde entonces destacó su capacidad autodidacta, es decir, su atracción para aprehenderlo todo y no necesariamente (o exclusivamente) lo que se enseña en el aula. No es que le diera la espalda a la educación formal sino que la enriquecía. Lo primero que recuerdo, luego de eludir las obligaciones escolares como el deporte, es a Eleazar y yo sentados leyendo a Julio Verne. No sé como cayó en nuestras manos una colección de varios de sus libros y nos encerrábamos hasta concluir el propósito de leer toda su obra. Por supuesto, la lectura incluyó también *La Isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson.

Lo importante no era la lectura misma, sino los comentarios y volver una y otra vez para aclarar algún pasaje. *Robinson Crusoe*, de Daniel

* Profesor-investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Con agradecimiento al doctor Luis Barjau, quien siendo titular de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, me invitó a realizar esta semblanza, presentada el 30 de enero de 2014 en el homenaje realizado a Eleazar López Zamora en esa Dirección. Transcripción de audio: Sistema Nacional de Fototecas, INAH.

Postulado: 23-05-2018

Aceptado: 19-06-2018



Eleazar López Zamora, en 2006, durante los festejos por los 30 años de la Fototeca Nacional del INAH ©Fotografía: Héctor Montaña, INAH.

Defoe, nos llevó varias sesiones, en las que se sumaba uno que otro amigo porque nos impresionó mucho el personaje solitario que de alguna forma nos hizo adelantarnos a lo que vendría con el aprendizaje de Rousseau. De Verne, logro recordar algo que desde entonces ya nos preocupaba, que era la asfixia sobre el mundo por gases tóxicos, por lo que el último de los hombres debe subirse a una torre muy alta para sobrevivir cuando eso que ahora conocemos como smog vaya matando a todos.

Su novela *Miguel Strogoff* no estaba en esos libros y no recuerdo la causa, pero debimos encargarla por correo mediante un recurso que se llamaba “Cóbrense o Regrésese”, solicitado a la Editorial Sopena. La unión a través de la lectura nos hizo un poco *nerds* en la secundaria porque éramos muy reacios a participar en los deportes; teníamos detrás de nosotros al profe-

sor que siempre nos estaba atosigando. Al final nos dispensó porque sus propias inquietudes personales le llevaron a citarnos algunas tardes de los sábados en su domicilio, para discutir asuntos de la historia de México y de las ideas. Lo religioso en oposición al laicismo de la educación nos atrajo mucho, leíamos algunos pasajes de la *Biblia* sólo con la intención de cuestionarlos.

Por el correo continuamos solicitando libros. Tolstói nos marcó mucho y *Resurrección* nos dio motivos para discutir sobre el pecado y la redención. Cuando cayeron en mis manos los dos tomos de *La Guerra y la Paz*, me quejé por lo extenso de la obra y puedo recordar a Eleazar afirmando que una obra tan gruesa o la leías en la secundaria o no tendrías jamás posibilidades de leerla. Después, entre otras cosas, discutíamos con la presencia de otros amigos y en particular de un hijo de españoles republicanos, sobre la Guerra civil en España. El cine resultó otra ventana que completaba esas inquietudes porque de manera espontánea se vinculaban los temas, cuando vimos la película *Por quien doblan las campanas*, con Ingrid Bergman y Gary Cooper. Y luego de discutir la película, buscamos para leer la novela de Hemingway. Entrar y salir del cine estrechaba el vínculo con las lecturas, para después de ver *La Guerra y la Paz*, con Audrey Hepburn, Henry Fonda y Mel Ferrer, poder dar un juicio contundente: es mejor la novela.

Eleazar tuvo todo el impulso de una madre emprendedora que buscaba los medios para educar a sus dos únicos hijos. Por eso al concluir la secundaria, ella decidió que el hijo mayor hiciera la preparatoria en la Universidad La Salle. Entonces la relación se hizo epistolar aunque con frecuentes encuentros en Actopan, donde su familia regresaba con frecuencia. Entonces hacíamos planes para que cuando yo pudiera estudiar en la Ciudad de México, viviéramos juntos. Así lo hicimos, debido a que al término de esos estudios me ubiqué en la casa de huéspedes que había establecido la madre para realizar mis estudios. Eleazar escogió la carrera de ingeniería y yo la de sociología. Continuamos descubriendo la literatura universal, nos dio mucho de qué hablar la novela de

Salinger, *El guardián entre el centeno*, y durante mucho tiempo no hicimos sino hablar de ella.

Como vivíamos en Tacubaya, nos quedaba muy cerca el cine Ermita, el antiguo cine Lido, el Hipódromo y nos convertimos en frecuentes espectadores de todo lo que pasaba en ellos. Era la época en que para atraer más público las salas ofrecían tres películas por el precio de una entrada; así pudimos ver las sagas tanto de Ninón Sevilla como de James Bond. Resultaba absolutamente delicioso meterse al cine a la cuatro de la tarde y salir a las diez u once de la noche, después de haber visto varias películas. Algo semejante sucedía en las matinés de los domingos.

Eleazar continuaba sus estudios en ingeniería y decidimos estudiar también francés en el Instituto Francés para América Latina, de la calle de Río Nazas 43. Así pasamos a la literatura francesa: Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, André Gide, Malraux, Camus. Sin embargo, Eleazar, dominando el francés, se trasladó hacia el alemán en el Instituto Goethe. Yo continué con el francés, convirtiéndome en uno de los primeros inscritos en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la UNAM, en 1967. Como el Instituto Goethe estaba cerca de nuestro domicilio, algunas veces le acompañé a las conferencias de algún escritor como Juan García Ponce.

Entonces comenzaron sus dudas respecto a la carga que estudiaba. Le preguntaba: ¿para qué empeñarse tanto en algo que no es lo que te interesa? Respondía que debía entregar el título a su madre para luego dedicarse exactamente a lo que le interesaba. La deuda filial contraída con la madre le impedía renunciar, decidió terminar la carrera de ingeniería para entrar luego a estudiar la carrera de letras alemanas en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM. Como hecho singular, había solamente cuatro alumnos en la carrera. Entonces comenzó su saga alemana, y aunque ya habíamos leído *Werther* de Goethe en la secundaria, lo volvió a leer en alemán junto con Schopenhauer, algo que ya no seguí pero sí compartíamos los comentarios. De ese periodo, la lectura de *Las afinidades selectivas* de Goethe fue lo que más me afectó.

¿A qué nos íbamos a dedicar? Era la pregunta que afloraba cuando íbamos a la librería Zaplana, de avenida Revolución. Seguimos con el arreglo de en una ocasión comprar un libro teórico o de historia, y en la siguiente una novela. Creo que al principio siempre ganaban las novelas, pero finalmente establecimos que un día tocaba historia o teoría y otro día literatura. José Revueltas, pensábamos, sintetizaba las disciplinas y leímos para discutir sus novelas, *Los muros de agua* y *El luto humano*. Así comenzó a entrar en nuestro acervo todo lo que comenzaba a ser el boom latinoamericano, con Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar. Íbamos a cuanta conferencia se anunciaba por todas partes; nos enterábamos que venía a México Pablo Neruda y corríamos a escucharlo, y luego algún poeta español o argentino. Cuando comenzó a anunciarse que venían las películas de los *Beatles*, era una absoluta atención para el momento. La primera exhibición fue en el cine Ermita, de las dos películas de los *Beatles* con filas enormes a cualquier hora porque todo el mundo quería verlos. También fueron exhibidas en el cine Teresa.

En la música no coincidíamos, sino en ciertos casos, pues Eleazar era un amante del jazz y no perdía de vista a Thelonious Monk y a Dizzy Gillespie; aunque a mí me gustaba escuchar a Ella Fitzgerald y a Charlie Parker. Eso sí, fue alucinante cuando Eleazar apareció con el disco bajo el brazo de *In-A-Gadda-Da-Vida*.

Entonces llegó el movimiento estudiantil en 1968 para el que nos habían preparado las exhibiciones previas de las películas francesas en los cine clubes de la UNAM: François Truffaut y particularmente Jean-Luc Godard, con *Masculino-femenino*. Para mí resultó más atractivo el movimiento y me involucré casi de tiempo completo con otros estudiantes de la UNAM. En ocasiones nos reuníamos en casa con los compañeros de Ingeniería de Eleazar, y los míos de Ciencias Políticas, en discusiones interminables. Uno de los cercanos del Politécnico fue aprehendido en la batalla del casco de Santo Tomás. Y varios de mis amigos y profesores acudieron en mi búsqueda para constatar si estaba entre los supervivientes a la

mañana siguiente del 2 de octubre. La jornada de ese día terminó cuando al regreso, como a las cuatro de la mañana, hicimos una pira con todo el material que develaba mi participación en el movimiento. Algo que ahora lamento.

Eleazar obtuvo una beca para pasar un semestre en un pequeño poblado de Bavaria, que supongo fue su *turning point*, porque definió con claridad sus inquietudes profesionales.

A lo largo de todo ese tiempo también hubo muchas influencias. Desde el periodo de Actopan discutíamos mucho con Arturo Herrera Cabañas, que fue un personaje dedicado a la promoción de la cultura del estado; Miguel Ángel Granados Chapa, quien de igual manera realizó parte de sus estudios en el Instituto Científico Literario Hidalguense. Ahí, no más de cinco personas muy influyentes que invitaban a los más jóvenes y respondíamos a sus inquietudes contagiados de cierto izquierdismo. La toma de conciencia era obligada por haber crecido en una región indígena, en el corazón del Valle del Mezquital, y por haber compartido el salón de clase con chavos cuya lengua materna era el *hñähñu*. La vida continuó, seguimos siempre la relación amistosa, nos mantuvimos en todo momento en cercanía, y ya casados con nuestras respectivas compañeras, nos dedicamos a viajar y a fotografiar el país: Chinchén Itzá, Uxmal, Palenque, los alrededores de la Ciudad de México, archivos gráficos que aún pienso que debía organizar. Cuando estudiaba el doctorado en Francia, me escribió con la buena nueva de que mi tesis aparecía publicada como libro en la UNAM, donde él había ingresado a trabajar en la Hemeroteca Nacional, invitado por María del Carmen Ruiz Castañeda, con quien también participaba en los círculos de estudio para leer *El Capital*, de Carlos Marx. Ya como director de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Sociales, invité a Eleazar a desempeñarse como corrector de estilo y me ayudó a editar los libros y la *Revista Mexicana de Sociología* por varios años. No era un corrector usual, buscaba a los autores, discutía sus ideas, les recomendaba libros, les criticaba obligándoles, en ocasiones, a hacer cambios profundos.

Seguíamos hablando de todo y discutiendo cada libro o película; por entonces Margarita Morfin—quien también trabajó conmigo—, cuando nos escuchaba decía con cierto asombro inocente: “gracias a ustedes aprendí lo que se debe ver en el cine”. Trabajamos muchos en ese proyecto y la coyuntura de las dictaduras en América Latina y exilio hacia México, particularmente de argentinos y chilenos, inyectó vida a la discusión sociológica y política. Todo eso influyó durante un muy buen periodo para la revista.

Por ese entonces, un proyecto fotográfico nos reunió cuando desde el Archivo General de la Nación se dio la oportunidad de realizar una colección de libros de fotografía que rescataría acervos desconocidos hasta entonces. Margo Glantz, desde Cultura de la SEP, y Alejandra Moreno Toscano, como directora del Archivo, acogieron el proyecto. Se publicaron 20 tomos por Martín Casillas Editor; los resultados no fueron muy buenos debido a la inexperiencia y al escaso desarrollo que ese arte requería, pero logré concitar en ese esfuerzo a Poncho Morales, a Leticia Medina y a Javier Hinojosa, entre otros. No sé cómo, se logró que los textos fueran escritos por plumas que ya admirábamos: Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, la misma Margo Glantz y, entre los jóvenes, Sara Sefchovich, David Huerta, José Joaquín Blanco y haciendo sus *pininos* como escritor Poncho Morales.

Durante uno de los cambios de edificio del Instituto de Investigaciones Sociales, encontré los archivos con los negativos de un tal fotógrafo Discua. Propuse de inmediato que debíamos recuperarlo, sin encontrar respuesta oficial, pero sí el entusiasmo de Eleazar y otros amigos interesados en la fotografía a quienes convoqué para hacer algo con ese archivo, como Poncho Morales, David Maawad y Javier Hinojosa. Los negativos eran de gran calidad realizados con la famosa cámara alemana Leica.

Nos dimos a la tarea de editar un libro que terminó llamándose *Signos de identidad*, y una exposición para la cual encontré el interés de Bellas Artes para acogerla, donde finalmente se realizó a partir de marzo de 1989. Coincidió con el 40 aniversario de la que fue montada con el mismo material en 1946 bajo el

título de *México indígena*, usando el acervo que fue utilizado para la obra de Lucio Mendieta y Núñez. Margarita Morfin también se entusiasmó mucho con ese proyecto y desde entonces se convirtió en guardiana del acervo, que con el tiempo nos dimos cuenta era de la autoría de Raúl Estrada Discua, quien había sido fotógrafo de la UNAM por mucho tiempo, como para incluso haber dejado el testimonio de la construcción del campus de C.U.

Un día Eleazar me comentó que le ofrecían algo que estaba a punto de ponerse en marcha en Pachuca, en lo que había estado involucrado Arturo Herrera, quien se movió para que la sede del archivo de los Casasola pudiera establecerse ahí; lo que podía derivar en una Fototeca Nacional aunque aún no estaba tan claro. Terminó instalándose ahí para, en su momento, asumir el cargo de director. Ya instalado en ese proyecto, por entonces él y David Maawad nos convocaron a Poncho Morales, a Francisco Reyes Palma y a mí para producir un libro precisamente sobre ese fondo. Así surgió la idea y el desarrollo de *Los inicios del México contemporáneo*. Aunque Eleazar no figuró en los créditos (no sé por qué), su participación fue muy activa en la organización y en la edición de los materiales. Lo recuerdo muy ocupado, robándose tiempo para pasar a vernos y revisar el material, aportar ideas. Para entonces la fotografía ya era un medio para la relación desde las esferas profesionales en las que estamos moviéndonos.

También organizó alguna exposición con los fotógrafos contemporáneos, en la que se incluían trabajos de Alicia Ahumada, David Maawad, Lourdes Grobet y de él mismo, en uno de sus máximos atrevimientos que le conocí en relación con su trabajo. Las fotografías se vendieron más baratas y fue un éxito. Aún conservo las que compré.

La nostalgia se mezcla con incertidumbre cuando recordamos la ingrata e inmerecida muerte de Eleazar, aunque nadie puede elegir la suya. Pero como siempre se le presiente, recuerdo cómo nos impresionó leer que cuando Goethe subió a la montaña Kickelhahn el 6 de septiembre de 1780, sobre sus paredes escribió algo que nos pareció un epitafio:

Sobre las cumbres hay paz, en las copas de los árboles apenas puedes percibir un aliento, los pajarillos han enmudecido en el bosque, espera, pronto descansarás tú también.

Nos decepcionó saber que Goethe no lo pidió para señalar su tumba, sino uno que, asociado con la fotografía y su sed de conocimiento, iría muy bien a la de Eleazar:

¡Luz más luz!